

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00  
 Extranjero . . . 1'50

## El militarismo

Aun a trueque de reconocer la enorme fuerza del militarismo alemán, no es posible negar el gran arraigo que el militarismo tiene en todos los países y que, apelando al sistema de comparaciones, no es menor que el de los germanos.

Por lo que afecta a España, la fuerza del militarismo es inmensa, y no hay gobierno capaz de dictar ningún decreto que pueda ocasionarle la más leve molestia, ni los partidos políticos (incluyendo los más avanzados) se atreven a proponer la más pequeña supresión de sus privilegios. La sumisión del poder civil al militar es completa, a tal punto que Canalejas, enemigo de la pena de muerte, durante su permanencia en el poder, indultó a todos los condenados a la última pena por la jurisdicción civil y *no se atrevió* a indultar a ningún condenado por la jurisdicción militar. Por adulación fueron aprobados el año pasado sin discusión los presupuestos de guerra y por servilismo político subsiste aun la Ley de Jurisdicciones y se celebran sesiones patrióticas que causan la ruina del comercio y de la agricultura.

El militarismo lo absorbe y domina todo. Las mayores necesidades quedan postergadas ante las necesidades o conveniencias militares. Se construyen grandes acorazados y se invierten millones en armamentos, mientras grandes extensiones de terreno permanecen improductivas por falta de dinero para construir canales de riego.

Actualmente hay la cuestión palpitante de las subsistencias, y el gobierno, cediendo a la presión de los demás partidos políticos se decide a abrir las Cortes, pero ya anuncia que lo primero que se discutirá será

las reformas militares y los presupuestos. Los asuntos económicos quedan relegados a último término.

Hay que atender con preferencia al militarismo. Al pueblo, si instigado por el hambre un día se rebela, ya se le contestará con el mauser y la metralla, que son razones de peso. Ahora lo que urge es dar satisfacción a lo que es el sostén de las actuales instituciones, y para ello, si es preciso, se llegará a otra sesión patriótica, y tal vez se llegue para que los proyectos lleven el sello del entusiasmo de los que a la sombra de la patria se enriquecen.

Y los proyectos se aprobarán y los millones se invertirán en máquinas destructoras mientras la industria y la agricultura mueren por falta de maquinaria productora. Y en tanto el militarismo español nos tiene arruinados y amordazados, seguiremos engolfados en discutir si el militarismo alemán es más peligroso que el despotismo ruso, y una vez más se repetirá la fábula de los conejos.

Decía en cierta ocasión *Acción Libertaria* que nos preocupábamos más de la guerra europea que de la de Marruecos que tenemos en casa. Aunque la comparación no la consideramos muy oportuna, bueno será recordar ahora que mientras nos preocupa qué militarismo impondrá su hegemonía cuando termine la actual hecatombe, en España soportamos un militarismo que nos arruina absorbiendo casi todo el producto del trabajo y nos tiraniza con leyes excepcionales.

Como anarquistas, pues, debemos trabajar en primer lugar, contra *nuestro* militarismo, sin perjuicio de ayudar a combatir el militarismo mundial.

## LOS ANARQUISTAS Y LA GUERRA

III

Grave nos dice que la realidad actual aprueba la actitud de los intervencionistas y que en cambio los antiguerreros no son lógicos como lo eran antes del conflicto. Nos recuerda sus campañas antimilitaristas y su oposición a la gran reforma militar de los tres años.

He aquí precisamente el ilogismo, pues el gran teórico anarquista Kropotkine, en su última visita a París, ya criticó severamente nuestra irreductible oposición a la citada ley, y tanta razón tenía él como equivocación sufrían los que combatían entonces todo aumento de poderío armado para venir hoy a sumarse, aunque solo sea relativamente, a las fuerzas defensoras del derecho (?).

En efecto, la mejor manera de resistir a una invasión es desarrollando y fortificando al ejército, que es el órgano defensor por excelencia de la defensa nacional. Así lo comprendió sin duda Kropotkine y puesto que los alemanes han podido penetrar en Francia, es indudable que una parte de responsabilidad la tienen los que antes hicieron propaganda antimilitarista y ahora guardan consideraciones a su ejército. ¡Que la lección sea provechosa para los españoles que alberguen las mismas ideas de nacionalidad! Por una razón cualquiera puede sufrir el suelo hispano una invasión extranjera. Justo es, pues, que se apoyen enérgicamente los proyectos de Dato y el nuevo presupuesto militar, por enorme que sea. La *nación, la libertad, el derecho y la justicia* lo reclaman.

Lógicamente solo tienen derecho de protestar contra las medidas de patriotismo los que siguen afirmando que toda guerra defensiva u ofensiva es perjudicial al pueblo y que de cualquier modo seguirá éste siendo la víctima propiciatoria, el eterno explotado y engañado en beneficio de sus amos.

Mas esta afirmación se presta a dos interpretaciones entre los anarquistas que les divide en intervencionistas y neutrales. Es preciso discutir los argumentos de ambas partes sin intransigencia para afirmarnos o rectificar nuestras opiniones. Los hechos nos dan lecciones que debemos aprovechar con calma para evitar siempre los funestos efectos del ilusionismo y lo que hemos de lamentar es que la precipitación de la hecatombe no haya dado tiempo de reflexionar a los compañeros de las naciones beligerantes para obrar de acuerdo con su voluntad y no caer en la flagrante contradicción de su pensamiento de ayer.

En España podemos establecer las diferencias de criterio sobre guerra ofensiva, a la que todos los anarquistas sin distinción procurarían oponerse, y guerra defensiva, para la que algunos tomarían las armas. Es necesario que cada uno sepa, si llega el caso, a dónde debe ir y con quién puede contar.

Difícil es al pueblo conocer exactamente las responsabilidades de una guerra y demostrar sin sofismas quien es el agresor y el agredido, pues puede muy bien suceder que el que abre las hostilidades haya sido empujado por su propia seguridad y excitado por las emboscadas de su contrario.

Aceptar la defensiva es aceptar el militarismo y sus consecuencias, haciéndonos cómplices de una guerra de espoliación como la de Marruecos.

Para los intervencionistas, exponerse sin defensa a los desmanes de los que se consideran como enemigos, equivale al suicidio y deben, admitir por tanto, el ejército como un mal necesario (?).

Advirtamos nosotros que este mal solo es empleado contra el enemigo de afuera o contra el de dentro, que es precisamente el obrero, cuando pretende reivindicar el sarcasmo de sus derechos.

En efecto; examinemos la situación del andrajoso, del paria, del productor, en caso de guerra. Toma las armas y se opone al avance enemigo. De la aventura puede salir indemne, herido o muerto. En el último caso los sufrimientos se acaban con la vida; en el segundo, después de los cuidados momentáneos, viene el olvido y toda su vida debe arrastrarse miserablemente sin que nadie se fije en su *heroicidad*. Si resulta ileso, después de las fatigas de la campaña, como reposo debe aceptar de nuevo la cadena que le retiene al yugo del salario en el presidio capitalista, para que produzca infinitas comodidades que él no gustará. He aquí su suerte cualquiera que sea el vencedor.

Combatir por la Justicia y la Libertad es un nuevo mito, pues ambos conceptos no existen más que en teoría. La realidad nos enseñará que seguirán todavía en los linderos de la quimera después de la victoria o la derrota.

Es indudable que la cadena puede tener en cada país eslabones más elásticos, pero ellos no impedirán la opresión sobre las expansiones de la clase productora. Para romper el yugo no se puede aceptar la guerra entre naciones, producto del odio imbecil que engendra el patriotismo; es preciso el odio razonado profundo contra la esclavitud y sus beneficiarios. Esta es la razón suprema que nos obliga a no participar en la guerra y es la misma que bajo diferentes tonos exponían antes todos los socialistas revolucionarios, los sindicalistas y los ácratas.

El ciclón que devasta a Europa ha repercutido en todas partes uniendo a unos; desgredando a otros. Por convicción o por maldad, por rápida clarividencia o por interés bien entendido, muchos elementos avanzados están por la participación guerrera. En nuestros rangos, este brusco cambio deja preveer graves escisiones. En Francia, algunos desaprensivos de la Confederación General del Trabajo, han recibido ya su merecido de los amigos, que se ven forzados a morder el freno por proclamar en voz alta sus pensamientos en este país libre por excelencia, donde sin embargo existe una ignominiosa censura.

Cuando renazca la calma se verá que los intervencionistas no pretenderán impunemente encauzar o modificar las opiniones en un sentido liberticida. Individuos enérgicos y dispuestos a todo reanudarán francamente el trabajo excepcionalmente interrumpido.

Los canallas y los sinceros tendrán que rendir cuentas; los primeros para ser ejecutados y los otros para ser invitados a un común acuerdo.

El pensamiento anarquista, más precisado, ocupará el lugar que le corresponde entre todas las ideas generosas que sinceramente desean la liberación humana. Teniendo presente su importancia actual ante el conflicto, debemos redoblar los esfuerzos para que su acción sea más eficaz, mayor su influencia e impida otra nueva tentativa fratricida.

PEDRO LIGA

### CRÍTICAS AJENAS

#### El Estado de ayer y el Estado de mañana

Pues bien, señores, yo no puedo ser partidario de esta doctrina en que la abstracción Estado se trueca en el Moloch insaciable cuya toda virtud, como se nos

ha dicho expresamente, se abisma para siempre. Es un salto hacia atrás de dos mil años.

Hemos hecho la Revolución francesa. Nuestros padres han creído que era para emanciparse; pero la emancipación no se ha hecho; la revolución se hizo para cambiar de amo.

¡Ah! Es la tendencia universal de los que hallan más fácil destruir el ídolo que suprimir el espíritu de superstición que llevan dentro. (*Muy bien, muy bien, en muchos bancos.*)

Cuando Bruto mató a César, salió una voz de la multitud: «¡Es necesario hacer César a Bruto!»

¡Sí! Nosotros hemos guillotinado el rey; ¡viva el Estado-rey! Nosotros hemos destronado el papa; ¡viva el Estado-papa! Nosotros hemos arrojado a Dios, como dicen estos señores de la derecha: ¡viva el Estado-Dios!

Señores, yo no soy de esta monarquía, yo no soy de este pontificado. (*Muy bien, muy bien.*)

El Estado, lo reconozco, tiene una larga historia, toda ella de asesinato y sangre. Todos los crímenes que se han cometido en el mundo, las matanzas, las guerras, los quebrantamientos de la fe jurada, las hogueras, las torturas, todo ha sido justificado por el interés del Estado, por la razón de Estado. (*Muestras de aprobación en diversos bancos.*) El Estado tiene una larga historia toda llena de sangre. Yo no diré, por principio republicano, que ha habido buenos reyes—esto daría demasiado gusto a estos señores de la derecha—(*Risas*), pero diré sin embargo que ha habido reyes buenos.

*Victor Leydet.*—La excepción confirma la regla.

*Clemenceau.*—Ha habido papas religiosos. (*Nuevas risas.*) Hasta es posible que los haya habido que han intentado ser tolerantes. El Estado es por naturaleza implacable; no tiene alma, no tiene entrañas, es sordo al grito de la piedad; no se conmueve al Estado, no puede conmovérselo.

Y porque soy enemigo del rey, del emperador y del papa, soy también enemigo del Estado omnipotente, dueño soberano de la humanidad.

¿Creéis, en verdad, que he abandonado la monarquía, que he renunciado a esta antigua Providencia que tiene las llaves del Infierno y del Paraíso, al Evangelio de dulzura y de caridad proclamado en el sermón de la Montaña, para luego adorar a este monstruo Estado que chorrea sangre humana, que es responsable de todas las abominaciones de que ha sido y es aun víctima la humanidad?

No, no puedo ser su adorador.

Ayer se nos decía que el Estado era superior a la Justicia. Yo no soy súbdito de este Estado. Si miráis los cristianos y los católicos, ¡qué lección para vosotros!

¿Os habéis preguntado alguna vez por qué y cómo los cristianos, que fueron una libertad en el circo, llegaron a traducir el «amaos los unos a los otros» por suplicios, matanzas y hogueras?

La cuestión es interesante, señores, porque está llena de enseñanzas para vosotros en estos momentos.

Yo os lo explicaré. Es que fueron víctimas de la misma ilusión de que sois víctimas vosotros; es porque quisieron ser el Estado. (*Muy bien, muy bien.*) Eran una cosa admirable, uno de los más bellos impulsos que se han visto en el mundo, hasta el día en que creyeron encontrar en el Estado una fuerza para su propaganda. En aquel día el cristianismo fracasó, no fué ya más que una corporación de dominio por medio del hierro y del fuego; ha sido la peor tiranía del mundo y actualmente, por más que mascullando todavía las palabras que les vienen de la tradición, los católicos aspiran nada menos que a reconquistar el poder político para negar las libertades que ahora nos piden a nosotros, es decir, para continuar contra nosotros la opresión de antaño. (*Aplausos en la extrema izquierda y en algunos bancos de la derecha.*)

El señor Lintilhac no ha sabido ver esto (*Hilaridad general y aplausos.*)

*Lintilhac.*—No se me haga decir lo que no he dicho. ¿Por qué aplastar el Estado ideal democrático de mañana con los crímenes del Estado de ayer, cuyos horrores aborrezco tanto como vosotros? Es una solidaridad que rechazo y que jamás estableceré.

*Clemenceau.*—Se puede siempre rechazar toda solidaridad con el pasado, pero yo os aseguro, querido colega, que no depende de usted, ni de mí, ni de nadie decir aquí lo que será el Estado de mañana. (*Muy bien.*)

*Lintilhac.*—Toca a nuestra virtud hacer que sea bueno.

*Clemenceau.*—Pero esto no dependerá siempre de usted. No tendréis poder para que así sea, y, ¿qué pesan las intenciones? Esto no es un diálogo y os ruego me dejéis continuar. Ya conocéis mis sentimientos hacia vos, pero no puede admitir vuestra tesis y creo que tengo el derecho de contradecirla; no tenéis todavía el monopolio de la lección. (*Grandes aplausos.*)

*Lintilhac.*—Sin embargo, yo no puedo dejar que se me atribuya una opinión que no he expresado.

*Clemenceau.*—No he citado ninguna palabra vuestra; demuestro a donde conduce vuestra tesis. En todo caso, dejadme hablar; ya me responderá, si quiere, cuando haya terminado.

He dicho que la caridad del Evangelio se tradujo en violencias sangrientas y ahora agregó que lo mismo pasó con nuestra bella divisa revolucionaria.

Nuestra obra actual ha de consistir en realizarla pacíficamente. Vayamos con cuidado de que al procurar realizarla mediante la omnipotencia del Estado no caigamos en las violencias que siempre ha producido esta omnipotencia del Estado. Y esto es lo que no ha comprendido el señor Lintilhac, y lo siento grandemente.

Señores, tenemos una vieja canción en mi país; un campesino que llega de París y cuenta sus impresiones. No ha podido ver la ciudad porque las casas se lo han impedido. (*Risas*). A mi excelente colega le ha pasado el fenómeno inverso. (*Nuevas risas.*)

El Estado le ha inpepido ver los ciudadanos; el bosque le ha impedido ver los árboles y, de hecho, el hombre quedó siempre ignorado, en la antigüedad, en la ciudad que le absorbía. Fue necesario la Revolución francesa para descubrirlo y darle sus derechos. Esto mismo es lo que nos obliga hoy a saber que en el Estado no hay más que una realidad viviente, concreta, con la cual tenéis que contar: el hombre, el cual queremos que sea libre y justo. El Estado que invocáis, yo lo invoco con vosotros, pero como garantía suprema del desarrollo humano para la justicia y para el derecho.

Si, ya se: vosotros soñáis el Estado ideal, como Platon, como Aristóteles, como Tomás Morus, como otros soñadores.

Soñáis el Estado ideal; pero este Estado, en los libros, resulta tan bello como queréis; pero aquí somos hombres débiles, cambiantes, luchando con la realidad, ¿Creéis que yo no he cambiado nunca en mi vida? Sería lo peor que podría decir de mí mismo. (*Muy bien, en los bancos de la izquierda.*)

CLEMENCEAU

Discurso en el Senado, sesión del 17 noviembre 1903.

## Del Anarquismo

Para el buen camarada : : Antonio Loredo : :

Mi amigo: Continuemos firmes en nuestro puesto, tratando de aclarar, de señalar el verdadero camino a seguir en las circunstancias actuales. Cuando los maestros se confunden, cuando los compañeros de ayer, poco capaces de opinar por sí mismos, se desorientan, es útil, es bueno, es necesario, que los que supieron conservarse, serenamente, dentro de la pureza